



¿Era Jesús?

Alex Raco

autor de los *bestsellers* internacionales
Nunca es el final y *Más allá del amor*

 SIRIO



Las historias y los lugares mencionados en este libro están inspirados en hechos reales.

Los nombres de algunos de los personajes y algunos detalles se han cambiado para preservar el derecho a la privacidad de las personas.

El autor de este libro no ofrece consejos médicos ni prescribe el uso de ninguna técnica como forma de tratamiento para problemas físicos ni trastornos médicos sin el consejo de un médico, directa o indirectamente. La intención del autor es simplemente ofrecer información general para ayudar en la búsqueda de bienestar físico, emocional y espiritual. En caso de que utilice la información contenida en este libro para usted, que está en su derecho, el autor y el editor no asumen ninguna responsabilidad por sus acciones.

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

Traducido del italiano por Manuel Manzano Gómez

Maquetación de interior: Toñi F. Castellón

© de la edición original

Alex Raco, 2020

© imagen de la cruz de portada

David Prando 2020

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.

C/ Rosa de los Vientos, 64

Pol. Ind. El Viso

29006-Málaga

España

www.editorialsirio.com

sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-18531-

Puedes seguirnos en [Facebook](#), [Twitter](#), [YouTube](#) e [Instagram](#).

Si este libro te ha interesado y deseas que te mantengamos informado de nuestras publicaciones, puedes suscribirte a nuestro boletín de noticias en www.editorialsirio.com/newsletter

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No intento nunca que mis pacientes se conviertan. Para mí, todo consiste en que el paciente se forme su propio criterio.
Un pagano es para mí un pagano, un cristiano un cristiano, un judío un judío, cuando ello corresponde a su destino.

C. G. Jung

Contenido

[Cubierta](#)

[Créditos](#)

[Amarás a Dios sobre todas las cosas](#)

[No pronunciarás el nombre de Dios en vano](#)

[Honrarás a tu padre y a tu madre](#)

[No cometerás actos impuros](#)

[No matarás](#)

[No desearás a la mujer de tu prójimo](#)

[No robarás](#)

[No dirás falso testimonio](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)



Amarás a Dios sobre todas las cosas

«E^{stoy} en algún lugar elevado. Estoy colgando. Veo mujeres, veo a cinco mujeres. Tengo el cuello doblado hacia abajo. Veo mis pies descalzos, son los de un hombre. Mi piel es morena. Mi cuerpo está cubierto solo por una pequeña pieza de tela, el resto de la túnica que llevaba antes ha caído debido a la fuerza de la gravedad. Cubría la mayor parte de mi cuerpo, me envolvía, y estaba sujeta a un lado con un gran nudo. Pasado un día cayó porque el nudo se deshizo. Estoy sujeto a unos trozos de madera. Son dos troncos cruzados. Las cinco mujeres se encuentran a unos diez metros por debajo de mí. Llevan vestidos largos de lino en tonos pastel. Son prendas simples, lineales, esenciales. Parecen antiguas y muy sencillas.

»¡Es una cruz! Me han clavado a una cruz. Es un madero muy alto. Ahora ya no siento dolor. Solo experimento una gran sensación de opresión y derrota. Mi malestar simplemente está relacionado con el hecho de que estoy causando dolor a otras personas. A esas cinco mujeres. En los momentos de mayor sufrimiento me las arreglo para desapegarme de mis sentidos y no percibo el dolor, pero ellas no lo saben y, por lo tanto, padecen pensando que estoy sufriendo. Aunque todavía estoy vivo, mis funciones vitales se han reducido al mínimo».

Esas palabras salieron casi automáticamente de la boca del hombre que yacía en el sofá frente a mí. Había caído en un estado de hipnosis muy profunda y sus palabras a menudo eran interrumpidas por respiraciones largas e intensas. Después de tantos años de experiencia en hipnosis regresiva a vidas pasadas y con miles de sesiones a mis espaldas, era la primera vez que veía esa manera de respirar. No me importa decir que, aparte del significado de sus palabras, también las respiraciones profundas de aquel hombre me perturbaban mucho. Me recordaban a las del terrible Darth Vader, el personaje de *Star Wars* que me había asustado tanto cuando a la edad de diez años vi por primera vez la famosa película en el cine. Las respiraciones del hombre que

acababa de conducir al estado hipnótico habían despertado al niño que hay en mí y lo habían intimidado. Debo decir que no estoy acostumbrado a este tipo de reacciones emocionales, mucho menos durante las sesiones, en las que normalmente soy yo, el profesional, quien tengo todo bajo control. Pero esa tarde las cosas discurrían de manera diferente y al escuchar la voz casi sobrenatural que salía de la boca de aquel hombre entremezclada con aquellas respiraciones aterradoras, de repente me sentí pequeño e impotente. Como si ni siquiera tuviera el coraje de interrumpirlo.

Era un hombre de cuarenta años, a quien llamaré Jack para ocultar su verdadera identidad. Una media melena negra le cubría la nuca, y llevaba una barba entrecana de varios días. Los ojos color avellana, la mandíbula fuerte y los dientes muy blancos le conferían un cierto poder de fascinación. Alto y con un buen físico, vestía un traje formal gris de tres piezas y camisa blanca. Pero el corte del traje era a la última moda y llevaba los primeros botones del pecho de la camisa desabrochados, detalle que le daba un aspecto de todo menos formal. Cuando entró en mi consulta, lo encontré particularmente atractivo, como si estuviera envuelto en ese *glamour* que generalmente acompaña a los actores o a las celebridades. Pero no era famoso, era alguien aparentemente normal. Nada insinuaba lo que sucedería poco después.

Una pregunta que a menudo me hacen quienes vienen a estrecharme la mano o a sacarse una foto conmigo durante mis seminarios o en las firmas de mis obras es por qué los personajes de mis libros a menudo son descritos como atractivos. «¿Es posible que todos sean hermosos?», me pregunta a menudo el lector o la lectora de turno. Mi respuesta es que a mis ojos lo son. Con los años he aprendido a ver más allá de la prestancia física y a leer la belleza de esa luz que nos acompaña a todos. Una persona universalmente bella puede no serlo a ojos del escritor, mientras que una persona con algún defecto físico puede emitir una luz con un encanto infinito. Ese era el caso de Jack.

Era el gerente de una gran corporación y viajaba frecuentemente por trabajo. No estaba casado y durante la entrevista de información y anamnesis que precedió a la sesión de regresión, evitó darme detalles sobre su vida privada cada vez que yo se los pedí. Como si no tuviera. Me pareció un detalle curioso. Hablamos de su familia de origen, pero nada más. No veía la televisión y sus pasatiempos eran hacer deporte, dedicarse a la lectura y realizar viajes de aventura al extranjero. No consumía ningún tipo de drogas, no fumaba y solo bebía alguna que otra copa de vino. En resumen, una persona como muchas otras.

Mientras tanto, el hombre había dejado de hablar. Así que me animé y decidí hacerle algunas preguntas.

—¿Puedes decirme dónde estás geográficamente?

–Estoy en Palestina.

–¿En qué parte?

–En Jerusalén.

–¿Cuántos años tienes?

–Nací en el año seis antes de Cristo.*

–¿Cómo te llamas? –pregunté entonces. Sabía que muchas personas habían muerto en la cruz. Era un método de ejecución muy común en aquellos días. Los antiguos romanos lo preferían por su simplicidad y por el hecho de que prolongaba los atroces sufrimientos de los condenados que, expuestos a la diversión pública, servían de ejemplo a los demás ciudadanos de las colonias para que respetaran las leyes romanas.

–Veo niebla, he tenido un desfase temporal, por eso no hablaba –dijo como si quisiera justificar su momento de silencio.

Durante el proceso de inducción, a veces yo mismo les pido a las personas que visualicen una ligera neblina. Es una técnica que puede ayudar en el momento de la transición a una existencia pasada.

–Me llaman de muchas maneras. Depende de cuándo me conocieran. Mi nombre de bautismo sería José. Pero elegí el nombre más común que existe: opté por llamarme Yoshua. Lo hice para pasar desapercibido y para que me confundieran con otras personas.

–¿Cómo quieres que te llame entonces? –le pregunté para evitar confusiones durante la sesión.

–El nombre no es importante. Me lo cambiaba de vez en cuando. Si hubiera sido por mí y hubiera tenido la oportunidad de elegir, me habría gustado ser transparente y ser solo espíritu en lugar de carne y hueso. Si quieres, llámame como me conocen ahora. Con el nombre más banal, el que todos saben: «Jesús».

«Está bien –pensé—. Mantén la calma», me dije. Yoshua era un nombre muy común en Palestina en aquellos días. Y muchas personas habían muerto en la cruz. Probablemente muchos se llamaban Yoshua.

Pero el hombre acababa de decir «Jesús». Debía de haber un error, probablemente debido a la «traducción» simultánea que nuestro cerebro aplica durante una regresión. La hipnosis regresiva no es más que una técnica meditativa que permite que la conciencia y el alma se conecten y reciban información sobre existencias distintas a la actual. Así, es el cerebro del sujeto el que se compromete a detectar e interpretar cognitivamente la información que produce el inconsciente. Se trata solo de información, aunque aquellos que desean hacer una regresión generalmente esperan ver algo. En nuestro mundo, los estímulos visuales son indispensables. De

nuestros cinco sentidos, la vista es sin duda la que más utilizamos. Así que, si esperamos experimentar una vida pasada, queremos imágenes. Para no crear expectativas falsas o exageradas, por lo general explico que es realmente imposible «ver» algo. Lo que se percibe durante una regresión a una vida pasada es información en bruto, sin procesar, eso que los científicos de la computación llamarían «*raw data*» (‘datos sin procesar’). Es principalmente un proceso de recopilación de información o de sentimientos sobre la propia vida, que luego necesariamente deben ser procesados por nuestro cerebro para ser entendidos. Por ejemplo, son raros los casos en los que la persona en hipnosis diga algunas palabras o reconozca un idioma extranjero, especialmente si es un idioma arcaico de hace dos mil años. Lo mismo sucede con la datación, que tiene lugar de una manera «moderna», dado que lo que se encarga de procesar la información es el cerebro de la persona de la vida actual. Jack debía de haberse confundido y haber malinterpretado la información. Pero ¿las cinco mujeres a los pies de la cruz? Pensé que en este caso también debía de ser una coincidencia. Como ya he tenido ocasión de explicar en mis libros anteriores, de los varios miles de regresiones realizadas en mi consulta, solo dos se referían a personajes históricos famosos. Por lo tanto, puedo reiterar que la probabilidad de haber sido una persona famosa en alguna vida pasada es casi nula. Ya no digamos, pues, que esa persona fuera Cristo.

¿Es posible que Jack fuera alguien perturbado y yo ni siquiera lo hubiera notado? La duda se apoderó de mis pensamientos. Como siempre, había hecho todas las preguntas de anamnesis correctas y no me había referido ningún problema psiquiátrico, ni de alucinaciones ni relacionales. Sin embargo, por fuerza debía de estar frente a una persona que sufría algún tipo de trastorno mental, en especial alguna forma de delirio lúcido, aunque esa posibilidad no me cuadraba en absoluto, ya que Jack llevaba una vida absolutamente normal, no tomaba drogas y no me había referido ningún problema psicótico, ni de alucinaciones ni relacionales. El hombre que había entrado en mi consulta era un ejecutivo de una compañía que había decidido venir a verme solo porque una amiga muy querida había realizado conmigo una sesión de regresión y le había resultado muy satisfactoria. Durante la entrevista anterior, incluso había expresado cierta actitud escéptica sobre la existencia de vidas pasadas, así como sobre la técnica de la hipnosis misma y, según él, el único motivo para venir a verme había sido la curiosidad. Además, el hipotético delirio no estaba ocurriendo en una fase de vigilia consciente, es decir, con la persona despierta, sino en la hipnosis. Unos minutos antes, estando consciente, el hombre mostró un comportamiento mental completamente normal. Además, sabía con certeza que en un sujeto sano y sin un historial clínico de trastornos mentales, una sesión de

regresión no podría ser la causa de episodios alucinatorios o psicóticos. Esta es una crítica controvertida y sin ningún fundamento empírico, a menudo utilizada por los escépticos y los difamadores de esta disciplina, dirigida principalmente a desacreditar los resultados. No obstante, me había prometido a mí mismo verificar cuáles serían las reacciones y los comportamientos de Jack al final de la sesión y, finalmente, recomendarle una visita psiquiátrica a un buen médico psicoterapeuta a quien conozco personalmente.

Por suerte para mí, mientras tanto el hombre había seguido hablando:

–Esas cinco mujeres son la razón de mi vida. Son parte de una gran familia, mi gran familia. Son ellas las que han abrazado mi credo, mi forma de vida, son la fuerza en tiempos de necesidad. Son mi oxígeno en tiempos de dificultad. Las únicas que lo han entendido todo. Han comprendido mi mensaje perfectamente.

–¿Qué mensaje?

–El mensaje de autoconocimiento que trato de difundir. No es un mensaje religioso. Las personas a mi alrededor me etiquetan como guía o maestro, pero nunca quise serlo. Todo el mundo de esa época pensó que lo era. Mi comportamiento libre, que mostró a otros cómo liberarse de los condicionamientos de la existencia, causó grandes problemas a las masas.

–¿Entonces eras una persona conocida? ¿Famosa?

–Nunca quise serlo. Me había vuelto peligroso para aquellos que querían al ser humano esclavizado y lo explotaban, y que siempre habían subyugado a las mujeres porque eran las únicas que se daban cuenta. Fui uno de los primeros en tener mujeres como seguidoras. Las llevé al conocimiento, para aumentar su seguridad interior y que entendieran que no eran ellas quienes estaban equivocadas, sino sus maridos. Los hombres tenían la capacidad de comprender que el mundo no debía ser solo opresión. Pero no parecían querer entenderlo.

»Pocos de los que me seguían entendían mi mensaje. Cada uno me identificaba como quería y pensaba que me estaba utilizando para sus propios fines. Solo las mujeres se habían dado cuenta de que yo no era lo que los otros pensaban. Los hombres creían en la guerra y en el uso de las armas y pensaban que yo era un mesías que había llegado para resolver sus problemas terrenales. Sin embargo, cuando yo hablaba de problemas, no me refería a la idea de que las guerras de poder debían librarse contra quienes lo ostentaban en ese momento, sino que quería que las formas de poder y opresión fueran completamente abolidas. Quería que los hombres entendieran que la única manera de liberarse de su egoísmo era liberarse del poder y no liberarse del poderoso de turno que los subyugaba y luego erigirse en su lugar,

porque la sociedad no cambia con las armas, sino modificando el pensamiento de los individuos.

»A menudo usaba metáforas para hacerme entender, historias simples. Las personas no quieren pensar demasiado, y es la única manera de comunicarse con ellas. Una vez les conté a los que me seguían la historia de un joven impedido. Era un grupo en aumento, pero estamos hablando de ochenta personas. Nos mudábamos constantemente de ciudad a ciudad. A menudo nos llamaban para cuidar a enfermos. El ser humano quiere que lo cuiden, pero no quiere que lo curen porque desea ser compadecido y que alguien se ocupe de él. Le dije a aquel joven que no estaba realmente paralizado y que su recuperación no dependía de mi poder real, sino de su voluntad. A la gente le gustaba la idea de que yo fuera una especie de mago.

»Incluso ahora que estoy a punto de morir, los hombres aún no lo han entendido. Estas cinco mujeres son las únicas que realmente me entienden, y a menudo han sido denigradas por esta misma razón. Son las personas con las que más contaba, mis apóstoles. Una es mi madre, está llena de luz. Tiene el rostro ligeramente ovalado y una tez muy oscura. Más oscura que la de mi padre, cuyo rostro a menudo estaba quemado por el sol.

—¿Tu padre también está cerca de ti? —pregunté entonces con curiosidad.

—No. Está negociando mi liberación con Poncio Pilatos.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Se llama José.

—¿Por qué fuiste condenado a la cruz?

—Porque muchas personas estaban entendiendo cuál era el camino que debían seguir para librarse de su cautiverio. Un cautiverio físico y mental. Comenzaba a correr la voz de que metía en la cabeza de las personas ideas que las autoridades no podían tolerar. Por eso, ya no aceptaban las reglas que solían aceptar antes. Se estaban formando núcleos de rebelión contra las normas sociales y económicas que previamente habían sido acatadas con sumisión. Y estos grupos actuaban en mi nombre, creando elementos de insurrección. Había muchas situaciones que impedían el bienestar del pueblo. Así que yo constituía un elemento subversivo para el poder.

—Volvamos a tu madre. ¿Puedes describírmela, por favor?

—Tiene más de cuarenta y cinco años, pero aparenta veinte. Tiene los ojos color avellana. Es una persona menuda, esbelta y de estatura muy baja. Lleva una toga amarilla similar a una túnica, ligeramente cerrada por la cintura por un encaje que crea una especie de volante. Tiene el pelo liso, largo y castaño. La segunda mujer es mi tesoro, la que debería haber continuado mi misión, pero se lo han impedido. La llamaban María de Magdala, pero yo la llamo cariñosamente Mary. Tiene el pelo